

5475

1223

4355

7868

5788

878

5.4545

EL LÍMITE KALLMANM

PARTE 2: Sufrimiento

¿Qué podría llevar al ser humano a una
extinción impuesta por él mismo?

JAVIER REGUEIRA SERRANO

© Del texto: Javier Regueira Serrano
Maquetación y diseño: Javier Regueira Serrano
Edición: Javier Regueira Serrano

Diseño y creación de portada: Javier Regueira Serrano

Web: <https://javierregueiraserrano-escritor.com>
Email: javierregueiraserrano@gmail.com



Derechos de autor © 2025 Javier Regueira Serrano

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor y del autor.

Diez años después

Octubre de 2061

Población mundial: 5148 millones de habitantes

Hacía diez años de la destrucción de Ámsterdam por la bomba nuclear detonada en el Amsterdam Arena. Una destrucción de la que el mundo no fue capaz de reponerse, no solo por la devastación creada, sino por el drástico cambio de la sociedad a partir de ese momento.

A los más de dos millones de víctimas mortales directas e indirectas se sumaron millones más, afectados por enfermedades o malformaciones genéticas derivadas de la radiación. La nube radiactiva vagó durante meses por los países vecinos, ampliando su devastación. Sin embargo, estas no fueron las únicas consecuencias, ni siquiera las más importantes.

En los primeros meses, Europa entera fue invadida por una creciente ola de decepción e ira, mezclada con rabia e impotencia. Los gobiernos, culpados de provocar los atentados de Amsterdam y los que sucedieron luego –París, Nápoles, Belgrado, Nairobi y San Francisco, entre otros–, fueron cayendo uno tras otro, bien por elecciones, bien por revueltas y levantamientos sociales, gobernando en todos ellos nuevas facciones del FRP, el Frente de Remediación del Planeta. Excepto el Reino Unido, Alemania, Estonia y Bélgica, el resto de los países miembros de la Unión Europea habían sucumbido a la ola extincionista.

Los países del resto del mundo padecieron similares cambios.

Estados Unidos, en un conato de guerra civil, pasó a dividirse en dos naciones: los Estados Unidos de América –que abarcaba la mayor parte del antiguo país– y la nueva República Americana –con los estados de Washington, Oregón, California, Nevada, Utah y Arizona–.

En Sudamérica, los gobiernos caían como castillos de naipes, sumiendo al continente en constantes convulsiones. Años de inestabilidad, hambre, pobreza y crisis eran la tónica dominante.

Asia se hallaba inmersa en una guerra sin fin que agrupaba a China, Mongolia, Corea del Norte, Vietnam y Camboya –autodenominada

Alianza del Norte de Asia– contra la coalición creada por el resto de las naciones del continente, capitaneadas por India y Pakistán.

África ya no existía como continente democrático. Diversos grupos pseudopolíticos de extrema izquierda tomaron el control de los gobiernos nacionales por medio de elecciones o de las armas, y conformaron una zona mundial muy convulsa y casi sin control estatal de ningún tipo.

Durante los primeros años después del atentado de Ámsterdam, se forjó un gran sentimiento antieuropeísta, que acabó con el desmembramiento, en febrero de 2056, de la Unión Europea, quedando solamente en un grupo de naciones no alineadas que colaboraban en diversas acciones.

De similar manera, la OTAN sucumbió a los cambios sociales y geopolíticos. Simplemente, no había forma de atender a todos los conflictos armados que se habían producido, amén de que las sensibilidades políticas de los estados que la componían habían cambiado radicalmente. Su final se rubricó el 16 de mayo de 2057.

La Federación Rusa, a medida que se caían los distintos tratados de alianza, hizo todos los movimientos necesarios para agregar sus viejas aspiraciones territoriales, incluyendo Alaska y Groenlandia. Las dos nuevas particiones que antes conformaban los Estados Unidos dejaron caer su antiguo estado número 49, pues ya se hallaban inmersas en sus propias disputas fronterizas y problemas sociales.

Sin embargo, con el tiempo, la Federación Rusa comenzó también su propio proceso de decadencia, impulsado desde dentro por el descontento ultraecologista y por las teorías extincionistas de grupos de similar corte al del FRP. Al final, acabaron sucumbiendo al mismo monstruo que ciertos poderes fácticos y gubernamentales habían alimentado, regándolo de dinero y medios para sus acciones. Cuando quisieron acabar con sus movimientos dentro de Rusia, fue demasiado tarde.

El planeta entero estaba sumido en el caos, dominado por el desánimo, el hambre y la falta de oxígeno. Este, el oxígeno, había caído ya a cotas del 19,22 %, bastante por debajo de lo que se consideraba una atmósfera deficiente en este gas. Malformaciones congénitas, abortos y diversas afecciones respiratorias eran ya una realidad mayoritaria. El cielo, ahora más claro y teñido de un anaranjado ominoso, anunciaba todos los días que estar desprotegido bajo el sol ya no era una buena idea por culpa del aumento de la radiación ultravioleta.

La consecuencia inmediata de esta crisis fue un aumento drástico de la mortalidad global. En esos diez años, la población mundial había descendido en poco más de 1500 millones de personas, estableciéndose en

casi 5150 millones de habitantes en el planeta. Adicionalmente, la tasa de nacimientos se redujo a solo un tercio de lo que estaba una década atrás –que ya era un 85 % de disminución sobre la que había cuando comenzó la extinción de los insectos polinizadores–, y ahora solo se llegaban a los cuatro millones de nacimientos anuales en el mundo. Comparado con los 137 millones de nacimientos de 2023, eran unas cifras paupérrimas. El aumento de las cifras de mortalidad unido a la bajada drástica de la natalidad explicaba los valores globales poblacionales.

La sociedad avanzaba por un camino lleno de oscuridad y dolor, que solo parecía desembocar en consecuencias irreparables para el género humano. Ahí fue donde triunfaron las tesis extincionistas de movimientos como el FRP. Guiados por los principios delineados en el ensayo de Anton Kallmanm, escrito casi cuarenta años atrás, todos postulaban una posición más o menos extremista hacia la perpetuación del ser humano en el planeta. Muchas facciones abogaban por una disminución gradual de la población humana hasta alcanzar el límite Kallmanm, mientras que otras perseguían una interpretación más estricta de este, promoviendo, incluso, programas de eugenesia y eutanasia. Los desmanes del hombre contra su propia humanidad se convirtieron en la norma.

El mundo comenzaba una era de sufrimiento sin precedentes, una etapa que podría llevar a la humanidad a su extinción total o a un incierto reinicio de su sociedad. El verdadero problema radicaba en que nadie sabía cuál de los dos desenlaces prevalecería.